

nos. Quienes en nuestra sociedad tienen semejante visión cósmica, son, con frecuencia, hombres y mujeres a los que denominamos «artistas». Su interés no se halla en relación con unos medios efímeros, sino con una visión de lo eterno y lo universal.

El problema esencial que el hombre tiene planteado en la era del computador es el mismo de siempre. No basta ni consiste en cómo ser más productivo, cómo estar más cómodo, más contento... sino en cómo ser más sensible, más sensato, más armónico, más activo.

El desarrollo tecnológico ha permitido dar un salto de gran alcance en el perfeccionamiento de ciertos procesos: ha derribado las barreras que rodean lo práctico e incluso la inteligencia teórica, pero persiste e incluso aumenta, pese a todo, la duda de si las máquinas harán más fácil o más difícil para los seres humanos *saber quiénes son realmente, identificar sus problemas reales, responder más plenamente a la armonía, situar el valor adecuado de la vida y hacer el mundo más seguro de lo que lo es actualmente.*

### *Necesidad de un control sobre el «control»*

Los cerebros electrónicos pueden reducir gran cantidad de callejones sin salida en los que se encuentra la investigación, sin embargo, no pueden eliminar la decadencia procedente de la vida no investigada. Tampoco unen al hombre con aquello con lo que debe relacionarse: el dolor de los demás, por ejemplo, sus posibilidades de creación, la memoria de la especie o los derechos de las siguientes generaciones.

La razón de que estos asuntos sean de vital importancia en la era de los computadores se debe a que puede haber una tendencia a equivocar datos con vistas al discernimiento, del mismo modo que siempre ha habido comprensión a confundir la lógica con los valores, y la inteligencia con la perspicacia. El acceso a los hechos puede producir un bien limitado sólo si va emparejado con el deseo y la facultad de averiguar lo que significa y a dónde nos conducirán.

Los hechos pueden erigirse en entes terribles si los dejamos a su arbitrio. Con demasiada facilidad se les considera como «certezas», en vez de «materias primas» que deben ser procesadas dentro de un proceso lógico. Existe el gran peligro de no distinguir entre las operaciones intermedias que facilita la inteligencia electrónica y la responsabilidad final de la decisión y de la conciencia humana, que jamás debe tomarla el computador. Podría darse el caso de que llegue a borrar de la mente humana la necesidad de cumplir las obligaciones que le son inherentes. Puede mantener la ilusión de que está haciendo preguntas fundamentales cuando sólo son funcionales. Puede llegar a considerarse como un sustituto de la inteligencia, en vez de una ampliación de ella. Puede, incluso, promover una confianza indebida en contestaciones concretas. «Si empezamos con seguridad —decía Bacon— terminaremos con dudas, pero si empezamos con dudas y somos pacientes con ellas terminaremos con seguridades».

El computador sabe vencer el error, pero antes de aceptar rotunda y alegremente esta victoria deberíamos reflexionar sobre los grandes avances que ha hecho el hombre precisamente porque se atrevió al desafío. «Dadme un error bien provechoso, lleno de semillas —escribía Ferris Greenslet— os podéis quedar con vuestra estéril verdad».

Lo que el individuo debe pedir de la tecnología del computador no es sencillamente que logre mejorar su circuito, o incrementar su capacidad de memoria prolongada, sino que dé respuesta a mejores cuestiones y haga a su vez una mejor utilización de las respuestas. Sin restar su importancia a los técnicos debe pensarse en lo fructífero de una comunicación entre el tecnólogo y el poeta. Artistas y poetas pueden facilitar a quienes atienden y manipulan las máquinas, el ver un panorama mayor de posibilidades que el que la tecnología sola puede inspirar.

Ya Aristóteles dijo que el poeta tiene la ventaja de expresar lo universal. El especialista, ya se sabe, expresa únicamente lo particular. Poetas o artistas pueden además recordar que la mayor energía del hombre no proviene de sus dinamos sino de sus sueños. La noción de dónde debería estar el hombre, en lugar de donde está, la liberación de perspectivas raquíticas, las invitaciones de inmortalidad, todo esto procede naturalmente de los sueños, o mejor dicho, del reflejo de su subconsciente no entendido como «irracional». Lo que el hombre pone en su subconsciente es, literalmente, el alimento más importante del mundo. Nada sucede al hombre que no esté registrado en su subconsciente. Es aquí donde el acontecimiento y el sentimiento se convierten en memoria y donde se almacena la prueba de la vida. El poeta o el artista, y utilizamos la expresión para incluir en ella a todos a los que interesa el espíritu y a él se dirigen, pueden ayudar a facilitar al subconsciente el material que puede mejorar su sensibilidad, y a evitar que el hombre se convierta en la imagen de sus maravillas electrónicas. El peligro no está en que el hombre sea «controlado» por el computador, sino en que pueda imitarlo.

### *Consecuencias éticas y morales*

Arthur Koestler, en una intervención en la Universidad de Copenhague declaraba ya en 1968: «El progreso está evolucionando a una velocidad sin precedentes. Los equivalentes contemporáneos de la “escritura en la pared” son los gráficos de las curvas exponenciales que representan las diversas explosiones que nos ordenan: la explosión demográfica, y la explosión del saber. Es posible que hayamos visto estas curvas representadas en revistas científicas, pero ninguno de nosotros ha visto una curva que represente el progreso en la ética teórica o aplicada. La razón es, seguramente, que no hay ningún progreso que comunicar desde los días en que Buda se sentaba bajo la higuera esperanzado». Palabras tremendamente pesimistas que invitan a reflexionar.

Kenneth Boulding define al siglo XX como el «período de una gran transición en el estado de la especie humana» y señala el paso de la sociedad civilizada a la postcivilizada. En la sociedad postcivilizada se supone que las técnicas y conocimientos disponibles ofrecerán la posibilidad de una sociedad de la que se habrán eliminado las principales fuentes de la desgracia humana, una sociedad en la que no existirán guerras, pobreza o enfermedades, y donde una mayoría de seres humanos podrán vivir sus vidas liberados relativamente de muchas de las enfermedades que ahora aquejan a una parte importante de la humanidad.

Suponiendo que pueda llegarse a ello, nos encontramos en el proceso de transición y éste puede retardarse, incluso, indefinidamente. Es factible pensar que muchas de las tácticas de esa «gran transición» irán enlazadas con el desarrollo de la revolución del

computador, con desarrollos trascendentales como la cibernación, complejos sistemas de información y sistemas simbióticos hombre-máquina. La tecnología del computador, sin embargo, también puede y de hecho jugará un papel importante en la evolución de artilugios de guerra más eficaces. Se presta, además, a la invasión de la intimidad y a la degradación de la dignidad humana pero también puede ponerse al servicio de su elevación. Como ha señalado Jacques Ellul, «tienen gran autonomía en virtud de la orientación que tome nuestra sociedad hacia la técnica y hacia la eficacia».

Son muchos los problemas éticos que se presentan a una sociedad como la nuestra, en la que el cambio ha llegado a ser el nuevo dios y que se encuentra presidida por la automatización. Muchos valores que creíamos perennes van quedando anticuados ante la marcha de los acontecimientos.

Oscar Wilde propugnaba como principio que el tiempo libre y la búsqueda de la cultura son los fines del hombre, y no el trabajo. Esta actitud tiene hoy un valor social. La valía del hombre no es hoy, como lo era hasta hace bien poco, la productividad, sino que ésta ha sido usurpada por la cibernación. Ésta, como otras éticas similares, no sólo resulta inapropiada sino que está dañando seriamente a un espíritu humano ya alienado, que desesperadamente necesita recuperar y sentir su dignidad.

**Rosa Martínez de Lahidalga**

#### BIBLIOGRAFÍA

- Aiken, H., Babbage, Ch., Neumann J., Shannon, C. *Perspectivas de la revolución de los computadores*. Alianza Editorial. Madrid, 1975.
- Benthall, Jonathan. *Science and Technology in Art Today*. The World of Art Library. Thames and Hudson. London, 1972.
- Cassidy, Harold G. *Las ciencias y las artes*. Taurus. Madrid, 1964.
- Flechtheim, Ossip K. *¿La humanidad en la encrucijada?* Revista Futuro Presente. Instituto de Estudios Políticos. Noviembre 1975. Madrid.
- Jouvenel, Bertrand de. *La civilización de lo efímero*. Revista Futuro Presente. Instituto de Estudios Políticos. Febrero, 1976. Madrid.
- Kahn, Hermann. *L'an 2000*. Robert Laffont, París, 1968.
- Kaufman, Arnold. *Subhombres y supermáquinas*. Plaza Janés. Barcelona, 1972.
- Martínez de Lahidalga, Rosa. *Hacia una sistematización de las formas. Los ordenadores en el arte*. Revista Futuro Presente. Abril, 1973. Ministerio de Información y Turismo. Madrid.
- Moles, Abraham A. y Elisabeth Rohmer. *Psicología del espacio*. Editorial Ricardo Aguilera. Madrid, 1972.
- Mumford, Lewis. *Técnica y civilización*. Alianza Editorial. Madrid, 1971.
- Seminario Universidad de Madrid. *Generación Automática de formas plásticas*. Centro de Cálculo. 1969-1972.
- Siders, R.A. *Computer graphics, a revolution in design*. American Assoc. Paperback. New York, 1966.
- Skolimowski, Enrik. *Valores culturales respecto al desarrollo y la cooperación internacional*. Universidad de Michigan. Departamento de Humanidades, 1977.
- Toffler, Alvin. *El «shock» del futuro*. Plaza Janés. Barcelona, 1979.
- Urban, G.R. *¿Sobreviviremos a nuestro futuro? Entrevista a Arnold Toynbee, Philip Rieff, Nigel Despicht, Jacques Ellul, Louis Armand, Ossip Fletcheim, Bernard Cazes...* Plaza Janés. Barcelona, 1973.